

OBRAS DE PROPAGANDA.

LA LIMOSNA

MEMORIA
LEIDA EN JUNTA GENERAL
DE LAS CONFERENCIAS DE
S. VICENTE DE PAUL

POR

MANUEL POLO Y PEIROLÓN

PRECIO: 10 CÉNTIMOS

GRANADA
Imprenta-Escuela del Ave-Maria.

1904.

LA LIMOSNA.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

LA LIMOSNA

MEMORIA

LEIDA EN JUNTA GENERAL

DE LAS CONFERENCIAS DE

S. VICENTE DE PAUL

POR

D. Manuel Solo y Seyrolón

Precio: 10 céntimos

GRANADA

Imprenta-Escuela del Ave-Maria,
1904.



LA LIMOSNA

Señores:

«El pan con que tú alimentas al hambriento es el precio á que compras el cielo: das lo temporal y heredas lo eterno.»

(S. León, serm. 4 *De Collect.*)

Complaciente con las menores indicaciones de nuestro respetable Consejo, que son para mí órdenes, he emborronado estas cuartillas con el deliberado propósito de prescindir, en este modesto trabajo, de toda pretensión, así científica como literaria, y hasta del carácter de sermón ó plática que los seculares solemos imprimir á nuestros discursos, cuando versan sobre asuntos morales ó religiosos.

Son las Conferencias de San Vicente de Paúl juntas de católicos para su propio perfeccionamiento y el de los pobres adoptados y socorridos, mediante la práctica de la caridad, que es la más excelente de las virtudes teologales, y la que nos

Es propiedad del Autor

proporciona materia inagotable para objeto de nuestros discursos.

La última vez que el Consejo me puso en este trance, os dije algo de la caridad genéricamente considerada, y no me parece ocioso hablaros en esta tarde *de la limosna*, que no solamente es una especie de caridad, sino también su expresión más común y típica.

I

¿EN QUÈ CONSISTE?

Consiste la limosna en socorrer á nuestros prójimos por amor de Dios; y como dos son las clases de bienes con que podemos favorecer á nuestros hermanos, dos son también las clases de limosna: espiritual y corporal, como dos son asimismo las obras de misericordia, que hemos aprendido desde niños en el Catecismo de la Doctrina cristiana.

Pero, generalmente, se emplea la palabra *limosna* en sentido estricto, refiriéndonos sólo á los bienes corporales de que, por amor á Dios, nos desprendemos en provecho del prójimo.

II

EXCELENCIA DE LA LIMOSNA.

Tan excelente es la limosna, económica, social y espiritualmente considerada, para la salvación de

ricos y pobres, que muchos de los males que nos aquejan proceden del olvido y aun menosprecio en que se ven las doctrinas cristianas sobre el particular. Paganizados todos, el pobre se considera humillado si pide y toma la limosna; tampoco el rico entiende que esté obligado á darla; y como escrito está *que siempre habrá pobres entre nosotros*, la llaga social del pauperismo, en vez de cicatrizarse hasta donde sea posible, se dilacera, crece y está á punto de gangrenarse.

Recordemos, pues, las excelencias de la limosna según el sagrado texto y sus mejores intérpretes: «Buena es la oración con el ayuno (leemos en el libro de Tobias, XII), y mejor la limosna que tener guardados los tesoros»; y San Pablo añade: «Dios ama al que da alegremente»: (25 *Cor.*, IX, 7.)

Según el Crisóstomo, sin la limosna son inútiles todos los ayunos, disciplinas y demás obras de piedad; la limosna es más excelente que todas las mortificaciones; pues, aunque éstas sean más penosas, aquélla es más lucrativa, y por la limosna se nutre y fomenta la gran virtud de la caridad; de manera que la planta que sembramos con la limosna en las manos de los pobres, se convierte en arbol gigantesto allá en el cielo.

Ponderando las excelencias de la limosna, dice Fr. Luis de Granada: «¿Qué mejor cambio y mejor

granjería se puede hallar que ésta? Porque damos tierra y hallaremos cielo; damos pan de hombres y hallaremos pan de ángeles; damos un jarro de agua fría y hallaremos una fuente de agua viva; finalmente, damos lo que podemos llevar y darnos han lo que nadie nos podrá quitar.»

Si, pues, la limosna es más excelente que el ayuno, que todos los demás actos de piedad y todas las mortificaciones juntas; si, además, la limosna es por nuestra propia naturaleza privación y sacrificio ménos sensible que los otros, pues hasta se encuentra verdadero placer sensible en socorrer al prójimo, recibiendo á la vez halagüeñas muestras de agradecimiento; ¿cómo se explica que crezca de día en día el odio entre pobres y ricos, y decaigan las obras benéficas por falta de ricos generosos y caritativos, que naturalmente han de complacerse ejercitando la limosna? ¿Cómo se explica que también estén en decadencia visible las Conferencias de San Vicente de Paúl, corporaciones en las que podemos practicar el deber de la limosna, tanto corporal como espiritual, en condiciones ventajosas y superiores á las demás cofradías y hermandades?

III

PRECEPTO DE LA LIMOSNA

Esto únicamente se explica notando que para muchos, entre los que figuran no pocas personas piadosas y rezadoras á su manera, la limosna es simplemente un deber de caridad, que se practica cuándo y cómo nos dé la gana, porque ningún derecho tienen los pobres á nuestros bienes.

De donde resulta que, sin darse cuenta tal vez de su error craso, consideran la limosna como obra de *consejo* y no de *precepto*, recordando sin duda aquel texto evangélico en el que se nos refiere que se acercó uno á Jesús y le preguntó: Maestro, qué haré para salvame? A lo que contestó el divino Maestro: *Serva mandata*, esto es, guarda los Mandamientos. Esto ya lo hago, replicó el discípulo. Y entonces el Salvador le dijo: Pues si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, *repártelo entre los pobres*, toma tu cruz y sígueme. (*Mat. XIX, 21*)

Pero no; esto se refiere más bien al voto de pobreza que á la limosna, por más que en el sagrado texto se hable de dar los bienes á los pobres. La limosna es precepto cuyo cumplimiento obliga para salvarse, y no simple consejo conducente á la perfección cristiana, y es precepto que tiene su fundamento en el orden natural y sobrenatural, en

el orden moral y en el religioso, aunque precepto de caridad, no de justicia.

Por su limitada y contingente condición, el hombre no puede poseer nada por manera absoluta, necesaria y permanente, ni aún su vida y personalidad, que tarde ó temprano hemos de perder.

Por lo tanto, nada tan absurdo como atribuir estos caracteres á la propiedad y á la riqueza. De aquí el concepto cristiano de que somos meros usufructuarios y administradores de nuestra fortuna, y de aquí que tengamos el deber natural de desprendernos de *lo superfluo*, temporal y perecedero, si queremos acumular riquezas eternas para la gloria.

Es deber moral y religioso á la vez, pues no solamente lo dicta é impone la recta razón, sino también los sagrados textos ó la revelación, y la declaración altísima, hecha por el divino Juez en el terrible Juicio universal, de que el pobre le representa, y quien da al pobre da al mismo Jesucristo.

Pero es deber de caridad y no de justicia, por su carácter *positivo*, pues consiste en dar ó hacer; obliga *semper, sed non pro semper*; obliga siempre, pero no á todas horas y en todas circunstancias, porque no siemore tenemos algo que dar ni siempre tenemos delante pobres á quienes dar; y es deber, por último, que obliga á todos, á ricos y á

pobres, porque hasta éstos pueden disponer de cosas supérfluas en momentos dados, y sobre todo, socorrer personalmente á sus prójimos, practicando con ellos ciertas obras de misericordia, para las que no se necesita oro ni plata, pero sí caridad grande.

Y, como deber de caridad, no es menos obligatorio que los de justicia, puesto que nuestra naturaleza y destino nos dicen que hemos nacido, no solamente para omitir el mal, sino también para practicar el bien. Y preceptivo es amar al prójimo como á nosotros mismos, pues no es verdadera caridad la teórica que se practica por medio de la benevolencia, si no va acompañada de la caridad práctica que en la beneficencia consiste. Amar al prójimo, sin socorrerle en sus apuros y necesidades, es casi lo mismo que odiarle: el amor es por naturaleza efusivo, se encarna en las obras y se complace proporcionando el bien al amado. La fe sin obras no salva, y de análoga manera no es benevolencia eficaz la que prescinde de la beneficencia.

Muchos son los textos de la Sagrada Escritura y de los santos Padres que pudiéramos citar en corroboración de esta doctrina; pero, para no aburrirlos, recordaré sólo los siguientes:

«Por causa del *mandamiento*, toma á tu cuenta

al pobre; y en atención á su pobreza, no le despidas vacío. Pierde el dinero por el hermano y por el amigo, y no le escondas debajo de una piedra para que se pierda. Pon tu tesoro en los *mandamientos* del Altísimo y te aprovechará más que el oro. Encierra la limosna en el corazón del pobre, y ella rogará por ti para librarte de todo mal.» (*Ecle. XXIX.*)

«Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres peregrinos mételes en tu casa; cuando vieres al desnudo, cubrele y no desprecies tu carne.» (*Isaías LVIII.*)

«La Religión, pura y sin mancha, delante de Dios Padre, es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin ser inficionado de este siglo.» (*Jac., I.*)

San Basilio recrimina á los ricos, no sólo porque no reparten las *sobras* de su opulencia, sino también porque no cumplen con los *preceptos* «no dejes de favorecer al indigente», y «parte con el hambriento tu pan.»

Pero donde principalmente resalta el carácter *preceptivo* de la limosna es en aquellas consoladoras palabras del juez de vivos y muertos cuando, dirigiéndose á los justos, en el terrible día del juicio final, les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el

principio del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huesped, y me hospedásteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; estaba en la cárcel y vinisteis á verme.» Entonces le contarán los justos, diciendo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos huesped y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos? Ó ¿cuándo estuviste enfermo ó en la cárcel y te fuimos á ver?» Y, respondiendo el Rey, les dirá: «En verdad os digo, que cuanto hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis.» (*Mhat. XXV, 31.*)

Y por el contrario, enviará al fuego eterno á los réprobos, porque no hicieron nada de esto. De manera que si dar limosna, tomada esta palabra en sentido lato, ó lo que es igual, practicar las obras de misericordia salva, y no practicarlas condena, infiérese de aquí, tan lógica como concluyentemente, que la limosna obliga *sub gravi*, esto es, que la limosna es obra de *precepto*, indispensable para salvarse y no obra de *supererogación*, conveniente sólo para la perfección cristiana.

CONCEPTO DE LO SUPERFLUO

Pero siendo tantas las necesidades naturales del hombre, y muchas más aún las necesidades ficticias, debidas á la civilización y trato social; siendo innumerables los gastos y compromisos que lleva consigo la vida moderna, ¿qué podemos y debemos dar las personas que vivimos de nuestro trabajo, y disfrutamos sólo de aquella áurea medianía de que nos habla el poeta?

Podemos y debemos dar *lo superfluo*, con lo que cumplimos el precepto; pues, como dice San Juan Crisóstomo, no se mide la magnitud de la obra misericordiosa por el número y cantidad de lo que se dá, sino por la voluntad del que lo dá; no por el valor de la limosna, sino por la caridad y afecto del donante.

Y esta es doctrina completamente evangélica, pues leemos en *San Lucas*, XI, 41: «Esto no obstante, *de lo que resta* dad limosna; y todas las cosas os son limpias».

Y San Pablo dice: «Al presente, vuestra abundancia supla la indigencia de aquéllos, para que la abundancia de aquéllos, sea también suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya igual-

dad, como está escrito: Al que mucho, no le sobró; y al que poco, no le faltó». (II, *Cor.*, VIII.)

«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á honra y gloria de Dios». Y el evangelista San Marcos (XII, 42-44) refiere lo siguiente:

«Y vino una pobre viuda y echó dos pequeñas piezas (en el gazofilio del templo de Jerusalén) del valor de un cuadrante.

»Y llamando (Jesús) á sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que más echó esta pobre viuda que todos los otros que echaron en el arca.

»Porque todos han echado de aquello que les *sobraba*: más ésta, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento».

Y no se me objete que esto de lo *superfluo* es tan elástico, que en sentir de unos sera todo *superfluo* cuando la caridad inflame sus corazones, y opinarán otros que todo es absolutamente necesario cuando el egoísmo sea la norma única de su conducta.

Porque comer, beber, vestir, cobijarse bajo techo, tener cocina para guisar y calentarse, y cama para dormir, son ciertamente cosas necesarias para la vida; pero ¿quién se atreverá á sostener que no son gastos *superfluos* los que ocasiona el fumar, el vestir con lujo, el frecuentar los cafés,

teatros y demás espectáculos públicos, el regalo sibarítico en la mesa, el uso y, más aún, el abuso de bebidas espirituosas, carruajes, tranvías y otras mil pequeñeces, como el comprar, sin ton ni son, revistas ilustradas, periódicos callejeros, fotografías, postales artísticas, y cien mil chucherías y cosas, unas veces completamente inútiles, y otras hasta pecaminosas y nocivas?

Cuando el socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl examina su conducta á los pies de un Crucifijo, y oficia la conciencia de fiscal, una voz interior, á la que asentimos por fuerza, nos dice con tanta verdad como lógica: Semanal y secretamente depositas en la bolsa de las colectas una ó media peseta, y á veces unos céntimos en moneda de cobre, porque dices que tu posición no te permite más; y, en cambio, todos los días, y sin necesidad alguna, te gastas en tranvía 20 ó 30 céntimos, qué, multiplicados por siete, suman, pesetas, 1,40 en el primer caso y 2,10 en el segundo, ó lo que es lo mismo, y en el supuesto de que deposites una peseta todas las semanas, y no faltes ninguna, das á los pobres al año 52 pesetas y á los tranvías 109 con 20.

Te cuesta mucho trabajo dar cinco céntimos á un pobre que te los pide en la calle, tal vez muerto de hambre, y si te decides y no encuentras en tu

bolsillo más que monedas de á diez, le reclamas la vuelta, porque tú no puedes permitirte el lujo de dar limosnas de á diez céntimos: y, en cambio, te desayunas comprando uno ó dos periódicos noticieros, que te cuestan 10 céntimos; sales de casa, tropiezas con el vendedor y compras un periódico *ilustrado*, que te cuesta otros 10; viajas, y para distraerte en el tren, contemplando monos ó leyendo flores literarias de un día, te gastas otros 20 céntimos en otra revista *ilustrada*; y llega la noche y tu malsana curiosidad no te permite acostarte sin haber pasado la vista por los telegramas de última hora, con lo que te gastas diariamente en papel impreso, cien veces más nocivo que el papel en blanco, 40 ó 50 céntimos diarios, que suman pesetas, 3,50 á la semana, ó, lo que es lo mismo, unas 182 pesetas al año.

¿Fumas? Pues entonces te gastas en humo, por económico y morigerado que seas, unos 50 céntimos diarios, y, si puedes y quieres fumar tabacos escogidos, hay quien invierte al día, y convierete en humo, dos y tres pesetas. En el primer caso, este gasto, completamente supérfluo, asciende á 182 pesetas al año, y en el segundo, quien contes-ta á los lamentos del pobre con una bocanada de humo perfumado, invierte en este vicio 1.095 pesetas anuales.

Hay quien gasta en los cafés, en bebidas, en el juego y en los espectáculos públicos cantidades enormes, con las que saldrían indudablemente de apuros numerosas familias de indigentes, y, sin embargo, sostendrá muy serio que no puede dar limosnas porque no es rico, y su posición le obliga á hacer gastos superiores á su fortuna. El lujo enloquece también á muchas personas, especialmente jóvenes de uno y otro sexo y de todas las clases sociales, y, sin embargo, no se acuerdan para nada del pobre, ni consideran estos gastos como supérfluos, porque la vanidad enturbia sus entendimientos y ciega las fuentes caritativas de su corazón.

A todos éstos, pero singularmente á los socios de San Vicente de Paul, les acusa la conciencia de no cumplir con el precepto de la limosna, no porque no pueden, sino porque no quieren desprenderse de lo supérfluo cuando son tantos los hermanos nuestros en Cristo que carecen de lo necesario.

Pocos son los que piensan, con Fray Luis de Granada, que «la condición de los bienes terrenos ó de las riquezas es guardarse cuando se derraman, y perderse cuando desordenadamente se guardan.»

Y San Basilio nos adoctrina diciendo: No amon-

tones tescros para este mundo y para tí solo, sino para el Cielo y para los pobres. Si quieres despendas, ahí tienes los estómagos necesitados de los pobres. Atesora riquezas en el Cielo, sin miedo á que las corra la polilla y se las lleven los ladrones.

Es verdaderamente infame que se corrompan los manjares en nuestras despensas, cuando hay tantos hambrientos; que se deslustren y apolillen los vestidos en nuestras arcas, cuando hay tantos que van desnudos; que cambiemos dos veces y algunos hasta tres y aun diariamente de camisa, cuando hay tantos descamisados; que luzcamos capas, abrigos de todo corte y estación, cuando algunos perecen de frio; que nos enoñaguemos en los placeres de las comidas y bebidas, cuando muchos no pueden llevar un pedazo de pan negro á su boca; que nademos unos en la abundancia, cuando ahoga á otros la penuria.

No dar, según nuestras facultades, dice San Juan Crisóstomo es un robo que se hace al pobre. Cualquiera que sea su procedencia, los bienes todos pertenecen al Señor, en quien radica el pleno dominio de toda cosa. ¿Qué hace el Rey con aquel su limosnero que guardase para sí las limosnas? Pues lo mismo hace Dios con el rico, que es limosnero de Dios.

DIGNIDAD DEL POBRE.

Virtud tan excelente, por fuerza ha de producir complacencia grande al que la practica hasta desde el punto de vista natural, pues toda alma bien nacida y corazón noble se complacen aliviando las miserias del prójimo, por aquella simpatía instintiva que une y estrecha á los seres de naturaleza idéntica. Pero como por otra parte, y en virtud del pecado original, también sentimos inclinaciones hacia lo malo, de aquí que, en el acto de desprendernos de nuestros bienes para compartirlos con los pobres, el enemigo nos retraiga de la práctica de la caridad con inspiraciones más ó menos sofisticas. Nos dice al oído unas veces, que todos los pobres son hipócritas y fingen una miseria que no padecen; otras, que son unos holgazanes y piden limosna para no trabajar; en ciertos casos que, no solamente son vagos y holgazanes, sino también ladrones y criminales, cuyo disfraz más seguro son los harapos; á veces, que todos los marcados por el dedo divino con desgracias y defectos físicos horribles, purgan ya en este mundo sus crímenes, y con muchísima frecuencia, que la mayor parte de los pobres, los vagabundos sobre todo, son

indignos de la caridad que con ellos practican las personas honradas y decentes.

Contra estas tentaciones insidiosas hemos de oponer las consideraciones naturales que lógicamente se deducen de la doctrina evangélica. Cristo nuestro Señor puso especial empeño en ennoblecer la pobreza y en dignificar á los pobres, tanto, que su aristocracia la escogió entre los humildes, los ignorantes, los trabajadores, los menesterosos, en una palabra, entre los pobres. Nació de padres que, aunque pertenecientes á la regia estirpe de David, eran pobres; pobrísimamente vino al mundo en una cueva por todo palacio, y entre animales y pastores fué recibido. Hasta durante los tres años de su predicación, cuando en varias ocasiones quisieron las turbas coronarle Rey, Jesús fué siempre pobre; pobres eran sus Apóstoles, pobres sus primeros discípulos, pobre su Iglesia y pobres, por lo menos de espíritu, han de ser cuantos quieran salvarse.

No basta mirar á los pobres con los ojos de la carne, decía Bossuet, sino que es preciso considerarlos con los ojos de la inteligencia. *Beatus qui intelligit*. Los que sólo miran á los pobres con los ojos corporales, no ven en ellos más que barro y los desprecian; pero los que los contemplan con la mirada interior de la inteligencia, guía-

da por la fe, descubren á Jesucristo: ven en ellos las imágenes de su pobreza, á los ciudadanos de su reino, á los verdaderos hijos de la Iglesia, los primeros miembros de su cuerpo místico, y esto es lo que les induce á socorrerlos.»

Y Fr. Luis de Granada dice de los pobres que «son los banqueros de nuestra hacienda, los portadores de esta mercadería, el arca de los tesoros de Cristo y la tierra fértil en que sembró Israel, que da ciento por uno».

Al Cristianismo se debe este concepto de la dignidad y excelencia del pobre, como se le debe todo lo grande y noble, pues sabido es que entre los paganos, los esclavos, los pobres, los humildes, los ancianos, los niños y las mujeres, tenían más bien la consideración legal y social de cosas que de personas, dignificadas y protegidas en el mundo por la religión del amor desde el árbol santo de la Cruz.

VI.

DE CÓMO DEBEN PRACTICARSE LA VISITA Y LA LIMOSNA Á LOS POBRES.

Y cómo hemos de visitar al pobre y practicar el deber de la limosna? Numerosos son también los textos sagrados que taxativamente dan contestación clara y terminante á esta pregunta. «Y

así, cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres; en verdad os digo que recibieron su galardón. Más tú, cuando haces limosnas, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Para que tu limosna sea en oculto y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará» (*Math. IV.*) Así habla el Señor.

Y Salomón en sus Proverbios (III, 25) dice: «No digas al pobre: vete y vuelve, mañana te daré; porque quién puede contar con el mañana?»

También leemos en Tobías (IV): «No apartes tu rostro de ningún pobre, porque así tampoco se apartará de tí el rostro del Señor. Si tuvieses mucho, da mucho; si poco, procura dálo con buena voluntad».

Y el P. Lacordaire, con la elocuencia poética que le caracteriza, tratando esta misma materia exclama: «Sí, un milagro os pido, un milagro de caridad. Supongo que no tengais oro ni plata; pero lo que teneis cuantos me escucháis, lo que tenéis dádselo. Tenéis ojos, pues mirad al pobre; tenéis oídos, pues oid sus gemidos; tenéis boca, pues habladle; tenéis manos, servidle, tendédselas, ayudadle á levantar su alma; tenéis pies, id á su ayuda; tenéis corazón, amadle, y que lo conozca

en vuestra fisonomía. ¿Qué tenéis que objetar á esto, hermanos míos? Esto no cuesta nada.»

Practicada de esta manera la limosna, en sentido tan lato que se identifica con la caridad y la misericordia, ¿quién está dispensado de ser caritativo y misericordioso? Ciertamente nadie; de la misma manera que los pobres y necesitados todos, lo mismo los honrados y dignos que los indignos y criminales, son verdaderos prójimos y todos tienen derecho á nuestras caridades y socorros.

VII

EFFECTOS ECONOMICOS, SOCIALES Y ESPIRITUALES DE LA LIMOSNA.

No se olvide, sin embargo, que el amor es la gran palanca para mover los corazones, y que tres son los principales efectos de esta solicitud caritativa para con los pobres, á saber: primero, quererle bien; segundo, hacerle todo el bien posible; y tercero, hablar bien de él en todas ocasiones.

Tres medicinas eficaces contra esa terrible enfermedad moderna llamada pauperismo, tres soluciones prácticas de la pavorosa cuestión social, de esa guerra sin cuartel entre el capital y el trabajo, entre el patrono y el obrero; pero medicinas que bien entendidas y mejor aplicadas, si no curan radicalmente al enfermo, pues hay desigualdades

inherentes á nuestra flaca naturaleza, por lo menos harían tolerable su peregrinación material por este mundo de holgazanes y famélicos.

¿Y habrá aún quien sostenga que los católicos, los *beatos*, como se nos llama en la jerga sectaria, somos tan egoistas que procuramos únicamente nuestra salvación eterna, prescindiendo de la sociedad, de la familia y del prójimo? Precisamente la doctrina católica reduce á dos todos sus preceptos, á saber: amarás á Dios sobre todas las cosas, y amarás al prójimo como á tí mismo; condena el egoísmo, enaltece el espíritu de privaciones y de sacrificios y nos dice por boca del Sabio: «Antes de que llegue el hombre á su total ruina, deje muchas de sus cargas, y antes de que se hunda el navio; deshágase de su oneroso equipaje.» Estas cargas y equipaje no pueden ser otros más que las riquezas, los honores, los placeres, los afectos terrenales, las ambiciones, el poder, los prestigios mundanos, la celebridad y cuantos bienes, en suma, impiden al espíritu que remonte el vuelo hacia las regiones de las venturas eternas.

Pero no se infiere de lo expuesto que la limosna produce sólo bienes espirituales, y únicamente es provechosa para nuestra salvación eterna. Son tan maravillosos sus efectos, que hasta en el bienestar temporal influye. Quien guarda, tiene, dice

un refrán; á lo que opone el Rey Sabio lo siguiente (*Prov. IX, 24*): «Algunos reparten sus bienes y se hacen más ricos; otros roban lo ajeno y, sin embargo, son siempre pobres.» Y añade: «Al que da á los pobres, nada le faltará; más el que aparta su vista del pobre, sufrirá privaciones. (*Prov. XXII, 3*.)

San Pablo asegura también que «quien siembre en abundancia (es decir, quien dé abundantes limosnas) cogerá abundantemente.» (*II Cor., IX, 6*.)

Y, aunque parezca contradictorio, es común sentir entre las personas benéficas que la limosna no empobrece á nadie; antes, al contrario, son muchos los que saben, por propia experiencia, que cuantas más limosnas hacen, desprendiéndose de mayores riquezas, mejor marchan sus negocios y más crece su fortuna.

Cuantiosos son también los efectos y bienes espirituales que produce la limosna, en la que están como compendiadas todas las obras de beneficencia y de misericordia. Desde luego libra al corazón del amor desordenado á las riquezas y bienes todos terrenales, combatiendo de esta manera la concupiscencia de la vista y la avaricia, que tanto degradan y tantos males acarrear.

Según Tobías, «la limosna libra de la muerte, purifica de los pecados y hace hallar la misericordia y la vida eterna». (*XII, 8 y 9*)

Nada más fácil y eficaz para la redención del pecado que la limosna. «Por lo cual, dice el Profeta, toma ¡oh rey! mi consejo, y redime tus pecados con limosnas y tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres: puede ser que él perdone tus pecados». (*Dan., IV.*)

Pondera Orígenes (*Hom. V, in c. XIX, Gen. I*), la bienaventuranza del rico que no confía en el oro ni en la plata, sino que responde al precepto dad limosna, siendo recompensado abundantemente el día de la resurrección y escribe: «Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios. Testifican los ángeles que no sólo á Job, sino á todos los que hacen beneficios y dan limosnas á los pobres, se dará el mismo premio. Estas obras de Job, aquí perfectas, en el Cielo serán publicadas; aquí sembradas, allí cosechadas; aquí dispersadas, allí reunidas; aquí ofrecidas á Dios, allí recompensadas con la gloria. El que se compadece del pobre agrada á Dios, y, según lo que diere, así le retribuirá el Señor». (*Lib II, in Job., x, 2.*)

VIII

RESUMEN Y APLICACIONES.

Si, pues, la limosna, que consiste en socorrer al prójimo menesteroso, tanto corporal como espiritualmente, es tan excelente que no pueden com-

petir con ella, ni el ayuno, ni las mortificaciones; si es un *mandamiento* de caridad que obliga á todos, pobres y ricos, y todos tenemos el deber de repartir entre los pobres lo supérfluo; si tanta es la dignidad del pobre, que Jesucristo nos hace ver en él la personificación del Juez de vivos y muertos; si son tan saludables los efectos económicos, sociales y espirituales de la limosna, que por su medio obtendríamos aumento de riquezas, paz en esta vida y la gloria en la otra; y si, por último, las Conferencias de San Vicente de Paúl nos brindan con facilidades tan extraordinarias para poner en práctica el precepto de la limosna, ¿cómo se explica que tantos y tantos ricos pasen la vida, unos atesorando capitales enormes que han de disfrutar sus herederos, propios ó extraños, y otros dilapidando grandes fortunas en vanidades fútiles y placeres groseros y perniciosos, y todos sin acordarse para nada del pobre?

Es que ignoran aquella terrible sentencia, según la que le es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en los Cielos; es que toman á broma la parábola del pobre Lázaro y del rico Epulón; es que de cristianos sólo tienen el bautismo que recibieron cuando no podían rechazarlo.

¿Cómo se explica que hasta personas piadosas

nos enfrasquemos en los negocios de este mundo, desconociendo en absoluto las Conferencias de San Vicente de Paúl, unos; olvidándolas otros, después de haber tenido la dicha de pertenecer á ellas; no asistiendo éstos á sus juntas semanales ó reuniones generales, cuatro nada más al año, con cualquier frívolo pretexto; haciendo aquéllos las visitas como de médico, y derrochando todos ese capital de gracias y de gloria que se nos viene encima á tan poca costa?

Únicamente explican esto el olvido absoluto de que la salvación es el único negocio *necesario*, ó la fe muerta, que para nada sirve sin las obras.

Vengan, pues, á las Conferencias de San Vicente de Paúl; ingresen en nuestra querida Sociedad cuantos estén convencidos de que no es posible salvarse sin cumplir con el precepto de la limosna. Como los deberes de caridad no obligan á todas horas ni en todos los lugares, fácilmente se eluden, dejándolos para otra ocasión y para más adelante; plazo y ocasiones que, á veces, no llegan nunca. En cambio, aquí se cumple con el precepto todas las semanas. Aquí se deposita la limosna en una bolsa, de tal manera que la mano izquierda ignora lo que acaba de hacer la derecha. Aquí no cabe la natural vanidad ó satisfacción del amor propio, como cuando públicamente se hace la limosna en

la calle, porque entregamos los bonos á los pobres en nombre de una sociedad anónima. Aquí no es posible tratar al pobre con ese desamor, y á veces desprecio, con que, pasando de largo, arrojamos al mendigo, ó dejamos caer una moneda en su platillo, porque visitamos á los pobres en su propia casa. Del pobre callejero, sin mala intención muchas veces, formamos juicios temerarios suponiéndole holgazán, borracho, farsante, vicioso, criminal, etc.; esto aquí no es posible, porque tocamos la miseria con nuestras propias manos, y conocemos á nuestros pobres mejor que ellos se conocen á sí mismos. Visitando al pobre en su propia casa, le obsequiamos y reverenciamos como si visitásemos al mismo Jesucristo: en la calle, ni los miramos á la cara, ni contestamos á sus oficiosos é interesados saludos, y hasta damos rodeos para evitar su encuentro. La limosna callejera es puramente corporal: en las Conferencias, corporal y espiritual á la vez, agradeciendo los pobres más ésta que aquélla. Con el trato y aspecto de la miseria doméstica contribuimos á nuestro propio perfeccionamiento, más aún que al del pobre: en la calle pensamos sólo en la ley de vagos, en proyectos municipales de mendicidad ó en que peligra el reloj en nuestro bolsillo. Infinitas son por último las gracias espirituales que aquí se lucran, para

comprar con ellas la gloria; y, en la calle, la publicidad casi siempre quita á la limosna su mérito.

Vengan, pues, á las Conferencias los ricos, para que adquieran la pobreza de espíritu; vengan los burgueses, para que hagan las paces con los obreros; y vengan hasta los mismos pobres que semanalmente se puedan desprender de cortas cantidades, para que adquieran grandes riquezas espirituales.

Aquí estamos dispuestos á recibir á todos con los brazos abiertos.

Imitemos á nuestros patronos inolvidables, Santo Tomás de Villanueva, el *limosnero* por antonomasia, y San Vicente de Paúl, el *apóstol de la caridad*, y no habremos perdido el mal rato que seguramente habeis pasado aguantándome y oyéndome.

HE DICHO.

ÍNDICE.

	Págs.
La limosna.	5
I.—¿En qué consiste?.....	6
II.—Excelencia de la limosna.....	6
III.—Precepto de la limosna.....	9
IV.—Concepto de lo superfluo.....	14
V.—Dignidad del pobre.....	20
VI.—De cómo deben practicarse la visita y la limosna á los pobres.	22
VII.—Efectos económicos, sociales y espiri- tuales de la limosna.....	24
VIII.—Resumen y aplicaciones.....	27

FOLLETOS DE PROPAGANDA

DEL MISMO AUTOR.

	Ptas.
<i>España y la Masonería</i>	1
<i>D. Carlos, su pasado, su presente y su porvenir.</i>	0'50
<i>Vida y virtudes de la V. Cristina de Saboya reina de las dos Sicilias y tia-abuela de D. Carlos.</i>	0'50

A 10 céntimos.

*Las libertades de perniciosa.—Burgueses
y proletarios.—Pan y Catecismo.—¿Hay
acaso Providencia?—El Anarquismo.—El
trabajo y el salario.—Errores y horrores
contemporáneos.—¿Picaros frailes!—El li-
beralismo por dentro.—Deberes de los car-
listas en las presentes circunstancias.—La
Limosna.*